

nosotros pasa por censurable puede ser allí completamente inocente y candoroso y debido a la educación y al traje, las cortesanas polinesias resultan en el fondo menos impúdicas y menos libertinas que las viciosas prostitutas europeas. En efecto, del estado general de la cultura de estos pueblos deriva una gran parte de las transgresiones que en este punto se notan y acerca de las cuales creemos con Wilkes que han sido exageradas por los antiguos viajeros que sólo aprendieron a conocer la parte superficial de la población. La ligereza y la ociosidad han producido el desenfreno sensual en algunas capas sociales superiores, como de ello nos dan, al parecer, pruebas Tahití y las islas de la Sociedad especialmente; pero en cambio Nueva Zelandia, Samoa y sobre todo Tonga, en donde la mujer ocupa una posición elevada, nos ofrecen mejores ejemplos. Los misioneros no han encontrado invencible la tendencia de estos indígenas hacia ese pecado.

Dos costumbres generalmente practicadas en Polinesia, aunque en distintos grados, no sólo ilustran el estado de su moralidad sino que han ejercido indudablemente gran influencia en el mismo. Los sacrificios humanos junto con la antropofagia y el infanticidio constituyen caracteres repugnantes y al propio tiempo muy significativos para la fisonomía moral de estos pueblos. Los sacrificios humanos eran generales en Polinesia antes de la llegada de los europeos y el canibalismo revestía grandes proporciones; y de cuán arraigadas estaban estas costumbres es buena prueba su íntima relación con las dos principales tendencias de la actividad del espíritu polinesio, a saber, la religión y la guerra. Los sacrificios humanos comienzan por ser inseparables de las ceremonias funerarias: en Hawai, al morir algún individuo ilustre se mataba y enterraba con él a algunos hombres del pueblo y lo propio se hacía en Nueva Zelandia con algunos esclavos del difunto; en Nueva Zelandia existía además la costumbre de que se suicidara la esposa más respetada del difunto y lo mismo sucedía anteriormente en Tonga a la muerte del rey: esta costumbre es considerada en estas islas por parte de la mujer más bien como un acto de espontánea voluntad que como prueba de amor y respeto hacia el difunto marido. En algunos actos sagrados exigía el sacerdote sacrificios humanos: así por ejemplo se enterraban en los cimientos de un templo algunos hombres o miembros de éstos, como por ejemplo los ojos que se consideraban gratos a Dios. También se tenía por imprescindibles estos sacrificios en la construcción de las embarcaciones de guerra. Cuando había de impetrarse algún beneficio importante, se creía que un sacrificio humano era el mejor medio para atraerse la voluntad divina. Varios eran los dioses en honor de los cuales se hacían sacrificios humanos, pero los principales eran Tangaroa y Oro, a quienes se procuraba agradar sacrificando a las víctimas en el templo del segundo y depositándolas luego en el del primero. Tangaroa era el dios de la guerra y, como en todas partes, la mayoría en esos sacrificios humanos se componía de prisioneros de guerra o esclavos que en su mayor parte habían sido en su origen prisioneros. Habiendo interrogado Cook en Raiatá a un sacerdote acerca de los sacrificios humanos, contestóle éste que sólo eran sacrificados los hombres malos, los cuales eran, además, previamente apaleados hasta que quedaban como muertos. En cambio Omai refirió a Forster que la elección de víctimas dependía únicamente del sacerdote, quien, después de permanecer un rato en el templo, se presentaba delante del pueblo y nombraba a los que la divinidad había escogido para el sacrificio. No hay que tomar al pie de la letra lo que se dice hablando de las Marquesas, a saber, que sólo

los extranjeros servían de manjar en los festines de los caníbales, pues más tarde se dijo con mayor exactitud que el rey de Tahití indicaba a unos funcionarios especiales, enviándoles una piedra, el deseo manifestado por el sacerdote de tener una víctima: esta piedra del destino tenía la misma significación en Hawai, en donde los funcionarios se apoderaban misteriosamente y por sorpresa de la víctima designada por el caudillo. Los maoríes reunían, después de una batalla, los cadáveres del enemigo, les cortaban el cuero cabelludo y la oreja izquierda para los dioses y abrían para cocerlos, dos hileras de hoyos en una de las cuales sólo se cocía para los dioses. Cuando los manjares estaban dispuestos, solía el caudillo iniciar la comida tragando los sesos y los ojos crudos de una de las víctimas; seguíanle luego sus hijos o sus más próximos parientes y por último toda la reunión se lanzaba sobre el repugnante manjar, consumiendo el cadáver por entero, excepción hecha de los intestinos, del estómago, de los pulmones y de algunas otras entrañas. Estos banquetes terminaban siempre con una borrachera general, lo cual era causa muchas veces de que se cometieran algunos asesinatos. La carne que sobraba era guardada en cestas y enviada a las tribus vecinas que, aceptando el presente y comiendo de él, se manifestaban amigas de los vencedores y enemigas de los vencidos.

Los usos que se relacionan con las cabezas de los que han sucumbido en la batalla dependen en cierto modo del canibalismo. El ejército que regresa a sus hogares lleva las cabezas de los caudillos muertos como cosas sagradas, haciéndoles toda clase de honores, y en cambio coloca en lanzas y hace objeto de burla a las de sus enemigos. Por cada uno de los suyos que han perecido se da muerte a uno de sus esclavos. Las cabezas de los adversarios son clavadas en las estacas de la valla que rodea a la aldea para que todos las insulten. «¡Cómo!—decía uno a su trofeo separado del cuerpo—¿querías huir? pero mi *meri* te alcanzó y cuando estuviste cocido fuiste un buen manjar para mi boca. ¿Y dónde está tu padre? ¡Cocido! ¿Y tus hermanos? ¡Comidos! ¿Y tu mujer? ¡Aquí está sentada, una mujer para mí! ¿Y tus hijos? Aquí vienen con la carga en las espaldas para servirme la comida como esclavos.» Seguía luego la ceremonia de alejar el tabú de la horda vencedora, para lo cual se clavaban en unas cañas mechones de cabellos arrancados con la piel y con ellos ejecutan los guerreros una danza al compás del canto del sacerdote. Venía por último el largo trabajo de momificar las cabezas de los caudillos para lo cual se les quitaba el cerebro, los ojos y la lengua y se las cocía, ahumaba y secaba al aire, de modo que se conservaban incólumes el tatuaje y los cabellos y a menudo podía en ellos reconocerse la forma de los rasgos fisonómicos. Algunas tribus de las cercanías del cabo Este han momificado, al parecer, cuerpos enteros, quitándoles para ello todas las entrañas, llenando el tronco de esta suerte hueco con helechos secos y exponiendo luego el cadáver a la acción del viento y de los rayos del sol: otras tribus, en cambio, sólo preparan los huesos del cráneo.

Tal es el complejo de aquellas costumbres que constituyen el canibalismo o que con él están relacionadas. Oigamos, antes de proseguir nuestra narración, cuál es el origen que los mismos maoríes le atribuyen. Los waikatos referían una historia de dos cuñados que fueron a pescar: Tuhetia y Tahinga cuando quisieron regresar de la pesca, vieron que no podían levantar la piedra que les servía de ánclora, por cuya razón Tuhetia se zambulló en el agua para buscar un marisco con que cortar la cuerda que la sostenía; pero

Tahinga que había escondido una concha afilada cortó rápidamente la cuerda y empezó a remar dejando a su compañero abandonado a una muerte segura. Mas cuando el hijo de aquel infeliz ahogado de un modo tan cruel llegó a ser hombre, declaró la guerra al hijo del que había asesinado a su padre, lo mató y se lo comió, naciendo de aquí nuevas hostilidades que terminaron de igual manera. Otra historia waikata refiere que encalló en la playa una ballena que encerraba el espíritu de Tutunui que había llegado a ser dios; y a pesar de que por esta circunstancia el animal era sagrado, un tal Kae comió un pedazo de él, lo cual equivalía a que hubiese comido del cuerpo de Tutunui, y por esto los descendientes de éste, en venganza, mataron y se comieron a Kae: los amigos de éste, en represalias, se comieron a un descendiente de Tutunui. De esta suerte comenzó la antropofagia que desde entonces fué adquiriendo cada día mayores proporciones. Existen otras narraciones sobre este particular, pero lo positivo es que el canibalismo siempre ha estado relacionado con la venganza y con la guerra y que las guerras de los maoríes han sido todas guerras de venganza. Este carácter merece llamar la atención, pues retrata la existencia guerrera de los maoríes y distingue su antropofagia de la de aquellos entre los cuales reviste un carácter ó de antigüedad y de costumbre ó decididamente religioso.

Desde el momento en que las tradiciones coinciden con unanimidad sorprendente en que durante las primeras generaciones de inmigrantes no se practicaba la antropofagia, puede pensarse que ésta pertenece al grupo de aquellos fenómenos que corresponden a un retroceso en el conjunto de la vida pública de estos pueblos producido por las luchas intestinas y que viene a ser una especie de institución de derecho feudal. Esta aparición y desaparición de la bárbara costumbre que también encontramos en Tonga, demuestra que siempre quedó el terreno preparado para la misma y que sólo dependió de circunstancias el que fuese extirpada ó en más ó menos grado practicada. A la misma conclusión llegamos considerando su propagación geográfica, pues territorios tan distintos entre sí como Nueva Zelandia, las Marquesas, las islas Paliseri y las Paumotus son centros en donde está fuera de toda duda que se practica el canibalismo en grande escala y públicamente. Es también indudable que de esta bárbara costumbre estaban libres, en la época en que los europeos las visitaban con frecuencia, es decir a fines del pasado siglo, los grupos de Hawai, Tonga, Tahití y las islas de la Sociedad. Pero en los objetos y en las leyendas vivían en toda la Polinesia los restos del canibalismo que en otro tiempo debió estar muy extendido.

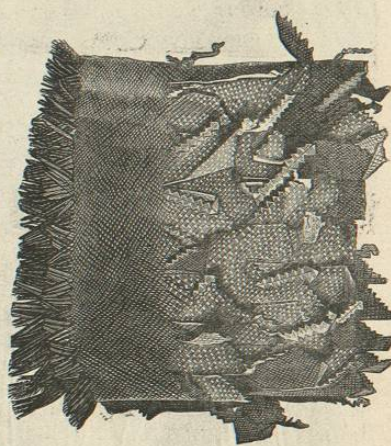
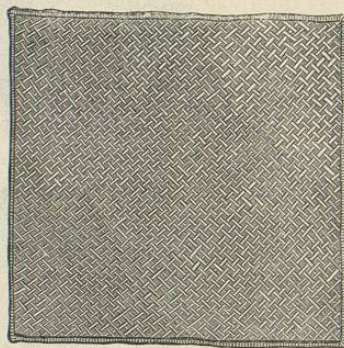
Cuando oímos contar que en las Marquesas los banquetes antropófagos van precedidos de la tonsura de los cabellos de las víctimas, con los cuales se hacen brazaletes y collares de poder mágico, toma a nuestros ojos una significación de canibalismo el uso frecuente de las cabelleras humanas para aquellos fines y para adornar las lanzas y los yelmos, y el empleo de huesos y cráneos humanos como vasos, etc., no menos que la costumbre de poner el ojo de un hombre sacrificado en el aceite que sirve para untar el cuerpo del rey de Hawai. Los huesos de los hombres robustos son considerados como talismanes y se les busca afanosamente en los campos de batalla. Los anzuelos de los neo-zelandeses iban provistos, según Forster, de un pedazo de hueso humano con la punta hacia arriba: además los propios insulares poseen collares de dientes humanos y en Hawai se mira como alta distinción el llevar un hueso colgado en el cuello por medio de un cordón hecho con cabello.

Cuando los europeos llegaron a Polinesia, la antropofagia estaba allí a punto de desaparecer, conservándose en amenazas como «te como» y otras análogas; pero en 1845 vivían todavía en Samoa gentes que habían comido carne humana. Parecida era en este concepto la situación en Tonga, donde en tiempo de Mariner la antropofagia, gracias al contagio importado de las Fidschi, parecía haber ganado nuevamente terreno. En Hawai el canibalismo debe haber desaparecido desde hace mucho tiempo, pues en el tercer viaje de Cook, después de la muerte de éste, se dice: «Cuando les preguntamos si habían comido de la carne de Cook, mostraron ante esta sola idea una repugnancia como únicamente hubiera podido sentirla un europeo y nos preguntaron cándidamente si teníamos nosotros esta costumbre.» Pero existen allí mismo leyendas de caudillos que construían hornos para asar hombres y entre los habitantes de las islas Hervey, que no parecen tener la más remota idea de antropofagia, la existencia de tazas hechas con cráneos humanos demostraba que en otro tiempo habían prevalecido costumbres distintas.

La idea de que los dioses se comen las almas la encontramos en todas las mitologías polinesias; por esta razón al dios Terongo se le da en Aitulaki el nombre de Kaitangata que significa precisamente antropófago. Tangaroa pescaba las almas con redes ó las cogía con lazos para devorarlas y las almas de los que morían de repente eran comidas por el dios. De este mito sale también la leyenda de que en ciertos distritos de Hawai los indígenas cogían a los hombres con lazos y se los comían. ¿Cómo pudo propagarse tan fácilmente esta idea de comerse las almas y los cuerpos? Con ello los sacrificios humanos y, dada la poca firmeza de los límites entre lo divino y lo humano, la antropofagia, quedaron justificados por la divinidad.

El infanticidio era, en la época anterior a la cristianización de la Polinesia, una de las instituciones más reconocidas y descansaba en determinados usos. El idioma tenía palabras especiales para expresar el enterramiento en vida, la muerte causada con una astilla de bambú y la estrangulación.

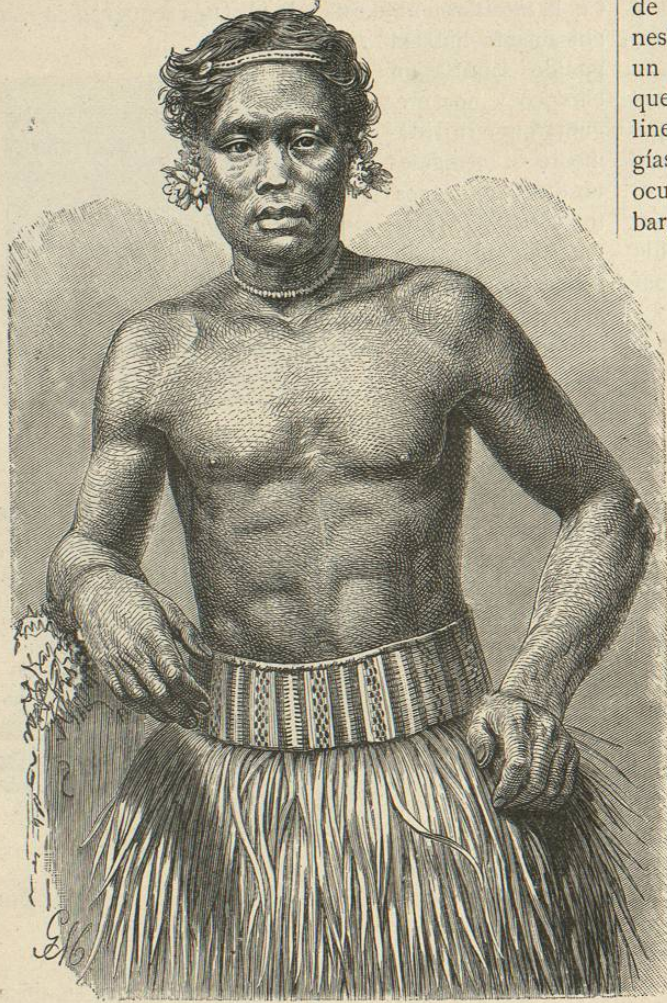
En Tahití habían de ser inmoladas las dos terceras partes de los niños que nacían: algunas madres llegaron a dar muerte a diez de ellos. El único rayo de luz que surge en medio de las tinieblas de este crimen era la ley rigurosamente seguida en virtud de la cual se libraban de la muerte los niños que hubiesen vivido un pequeño espacio de



Esteras de Tongatabu (Museo Etnográfico, Viena), véase pág. 459



tiempo, quizás diez minutos ó media hora, dándose por fortuna bastantes casos en los cuales el sentimiento natural de la madre podía más que la conveniencia y salvaba la vida del niño, no sin tener que sostener una lucha con el padre ó con los parientes que exigían la muerte. Así como en las islas de la Sociedad la clase de los nobles ó de los *erris* no podía tener ningún hijo, así en todos los puntos de la Polinesia debían ser sacrificados los hijos nacidos de la unión de un noble con una mujer de 1ª clase baja. El misionero Williams afirma haber descubierto que cada vez que se



Un hombre de Ponape, islas Carolinas (de una fotografía del album de Godeffroy). Véase pág. 460

daba muerte á un fruto de tales uniones, la madre respectiva iba subiendo en categoría hasta que por último lograba un rango proporcionado al número de infanticidios consumados que le permitía desde entonces dejar con vida á los hijos que sucesivamente tuviera. Sólo en muy contadas comarcas de este territorio en parte dotadas de exuberante fertilidad, pudo la miseria contribuir á esos infanticidios, pero la misma pereza hacía que una familia de Tahití considerara como pesada carga el tener 3 ó 4 hijos, invocando muchas veces los indígenas en pro del infanticidio verdaderos principios de Maltus. También contribuyó á esta bárbara costumbre la poca afición á engendrar más niñas de las que fuesen necesarias y como la guerra, el culto de los dioses, la pesca y la navegación fueron consideradas como cosas para las cuales había que tener niños y como impropias de las niñas, éstas fueron inmoladas. De aquí que la desproporción entre los sexos fuese tal que á menudo había 4 ó 5 hombres por una mujer.

Los polinesios no son un pueblo estable que se agrupe formando una aldea, sino que desde el primer momento en que, abierto el territorio del Pacífico central, el primer rayo de luz iluminó su existencia, se ofrece á nuestra vista un movimiento intenso no sólo en la lucha de pueblo y tribus, como se observa en otras partes, sino también en el contenido de la historia de la civilización. Algunos misioneros han dicho que en la religión propia de los polinesios se nota, aun antes de las influencias del Cristianismo, un desenvolvimiento tendente al monoteísmo, y si bien esta afirmación nos parece un tanto aventurada, es de todos modos innegable que la religión de los polinesios acusa un poderoso impulso creador de dioses. Con un poco más de espacio y un poco más de estabilidad que hubiesen tenido hubiéramos encontrado entre los polinesios un desarrollo religioso no inferior á las mitologías indias y post-indias. Los polinesios no ocupaban ni ocupan en la esfera moral un puesto muy alto, y sin embargo hay una buena dosis de desenvolvimiento espontáneo en su propia educación, en la extirpación de la antropofagia y en la disminución de los sacrificios humanos, todo lo cual constituye un progreso hacia el humanitarismo que no todos los críticos han sabido apreciar debidamente. En punto á educación, sobre todo, han demostrado los polinesios una aptitud como raras veces se encuentra en un llamado pueblo natural. No hablamos ya de la prontitud con que imitan los trajes y costumbres europeas, sino que nos fijamos más bien en algunos rasgos característicos que demuestran la aptitud para dedicarse á tareas más importantes, aunque con el auxilio de las doctrinas de una cultura más elevada. En ninguna parte como en estas islas pudieron las misiones confiarse tan pronto á maestros indígenas, de suerte que una gran parte de la cristianización de Polinesia fué debida á indígenas cuya juventud había sido pagana. También puede calificarse de sin igual la rapidez con que se propagó el Cristianismo. Hace ya muchos años no había ninguna aldea de grupos de islas como Tonga, Samoa y Hervey que no tuviera su iglesia y su escuela, con sus curas y maestros en su mayor parte indígenas, adquiriendo además desde antiguo una completa independencia las comunidades de indígenas. La Sociedad de Misiones de Londres que fué la que inició y realizó la cristianización de los samoanos, no tiene que enviarles, desde hace ya algunos años, subvención metálica alguna, pues aquéllos atienden con recursos propios á todas las necesidades de la Iglesia y aun recogen fondos para las misiones de otros territorios. «La vida religiosa y eclesiástica—escribió en 1878 desde Samoa el pastor Wensberg—puede ser calificada de muy floreciente. Aquí como en Tahití, Hawai, etc., constituyen únicamente una excepción los lugares más visitados por los europeos, como Honolulu, Apia y Papeti. Uno de los fenómenos más notables son las ramas independientes del Cristianismo que han echado sus raíces en estos territorios: así por ejemplo, un indígena llamado Siovedi ó Siovilí fundó en Siusinga, Upolu, la religión de Gimblet, según la cual aquél hablaba con Dios, hacía milagros y en los casos de enfermedad prescribía las confesiones recíprocas. Los disparos de fusil daban á su culto divino un carácter especial. También en Samoa un indígena que venía de la pesca de la ballena y que enseñaba á invocar al Dios del cielo, trajo consigo una anciana que, puesta detrás de una cortina, curaba á los enfermos con sólo tocarlos, pues dentro de ella residía Jesucristo (Sisu Alaisah).»

En todas las manifestaciones de la mitología polinesia aparece un elemento filosófico de fecundidad prodigiosa. Nunca como aquí se ve confirmado el principio de que la mitología llegada á este grado abarca á la ciencia, llegando á ser á menudo abstracta como ésta, sin que pueda llamarse propiamente científica la base que le sirve de punto de partida. Abstracta es la doctrina que prevalece en las islas de la Sociedad, según la cual después de haber nacido Rus del lado de la madre Papa, fueron creadas las fuerzas espirituales, realizándose luego la creación del mundo material por medio del matrimonio de Tangaroa con las distintas fuerzas naturales: ¿No produce la impresión de una ciencia natural embrionaria la teoría según la cual Tangaroa, aquí concebido como Dios del caos, creó con Ohino tua tai (diosa del mundo externo) las nubes y la lluvia, con Ohina tua uta (diosa del mundo interno) el germen del movimiento, con Ohina tua nia (el aire) el arco iris, la luz y la luna y con Ohina tua raro (en el centro de la tierra) el fuego volcánico? Este conjunto de ideas produce el efecto de ser producto de un solo espíritu pensador poco á propósito por su naturaleza para desenvolverse ulteriormente. La mitología general polinesia, sin embargo, no se contenta con estas ideas abstractas para desarrollar su simple idea de creación, en virtud de la cual el mundo nace del abrazo de Tangaroa con la tierra.

Los grandes y sencillos cuadros del mar, de las islas, de la tierra concebida como isla firme ó nadando en el mar (la idea que del mundo se tienen formada los tonganeses acepta un disco terrestre plano que termina de repente y sobre el cual se extiende el cielo á manera de bóveda) de la semi esfera del firmamento que descansa por todos lados sobre el mar, su manera de dirigirse por el mar y la necesidad de orientarse por medio del sol, de la luna y de las estrellas, impulsaron á los polinesios á estudiar atentamente los fenómenos celestes y á forjarse ideas cosmogónicas que ocuparon un lugar importante en su espíritu. Por esto puede decirse que el vasto espacio que las supersticiones basadas en animales ocupan en Africa, país de tantos animales y de tanta caza, está aquí ocupado por las leyendas y supersticiones del sol, de la luna, de las estrellas y de la tierra. Y aun cuando, á pesar de ello, su manera de concebir al mundo adolece de algunos vacíos y desigualdades, prueba evidente de que en ella entró por más la fantasía que la razón, hay sin embargo en el fondo una porción de observaciones, de entre cuya confusión surgen más conocimientos de lo que podría creerse. Tomemos, por ejemplo, la idea que acerca del mundo tienen formada los maoríes: la tierra está tan firme porque descansa sobre cuatro columnas que el creador Kaihanga y según otros, después de la separación del cielo y de la tierra, los cuatro hijos de Quaimokos construyeron en un lugar cuyo nombre sólo se consigna en los misterios: cada una de estas cuatro columnas tiene un nombre especial, se llaman respectivamente: rústica, vacilante, la que aguanta y la que rechaza. Como en Nueva Zelandia y en otros territorios de Polinesia son frecuentes los terremotos, se ha forjado sobre este punto un mito según el cual la tierra descansa sobre el dios Ruaimoko, y cuando éste se mueve durante su sueño se siente la trepidación del suelo. Cuando la tierra tiembla, se suplica á Ruaimoko que la sostenga para que no sea arrojada al mar. La luna es considerada como mujer y aun cuando cada mes muere, posee la facultad de renovarse (*ka mate kaora*, muere y vive). Uno de los más notables casos de deducción científica perfectamente justificada, que si no llena cumplidamente su objeto es porque desconoce el verdadero encañamiento de los hechos que son causa y efecto, es la

teoría que supone á la luna nacida del agua porque sus variadas fases coinciden con el mayor ó menor flujo del mar. Otra leyenda, que recuerda á la australiana y á la de los bosquimanos que supone ser el origen de la luna una suela de zapato roja lanzada al cielo, pretende que la luna es un resto de fuego arrojado al firmamento por la mujer que robó la lumbré. La mano de Maui, de aquel héroe que en Nueva Zelandia fué extraído del agua como pescado, oscurece la luna. O bien, como la luna, el sol y la tierra están por su creación tan íntimamente enlazados, oscúrese los dos primeros presagiando la desgracia que sufrirá la tercera. Por esto los eclipses son de mal agüero. El hombre de la luna es Rona que de noche andaba vacilante de un lado á otro y fué arrebatado por la luna junto con la desgajada rama del árbol en que quiso apoyarse. Así como se cree que el sol durante la noche «se va á los infiernos,»



Una mujer de Ponape, islas Carolinas, (de una fotografía del album de Godeffroy) Véase pág. 461

así también se supone que la luna durante el día se oculta en el Reinga. Algunos dicen que el sol «atraviesa de noche la tierra.» La luna se rejuvenece, como el sol, en un manantial del agua de la vida que Tanemakuta tiene preparado para ambos.

Mientras la luna y las estrellas se encuentran en un cielo más próximo á la tierra, el tercero, el sol ocupa un lugar en el quinto, pues de estar más cerca lo abrasaría todo. El sol y la luna vivían antes juntos y crearon la tierra firme, y mientras el primero estaba adherido por Maui á la segunda, sus rayos lo unían por otro lado á la tierra. Este doble encadenamiento ha dado origen á la acción que como hemos dicho ejercen los eclipses sobre la tierra. El sol es observado tan minuciosamente que los maoríes tienen una palabra especial para designar el brillo del sol reflejado en el agua cuando el astro está en su ocaso: llámalo *Rehu*, es decir «frotación del fuego.»

Las estrellas han sido creadas por los antepasados de la actual generación polinesia cuyos nombres se conservan en los misterios de los sacerdotes. Otra leyenda la supone creada para ayudar á iluminar á Tawhiri-Matea, cuando éste hubo de combatir á su hermano rebelde y subió al cielo. Como pueblo del cielo están divididas en dos grupos